

PERSONAJE

Dominique Perrault

De su estudio han salido obras tan emblemáticas como la Biblioteca Nacional de Francia, el Velódromo Olímpico de Berlín o el Teatro Mariinsky de San Petersburgo. Y ahora le toca España; el carismático arquitecto francés, que defiende una arquitectura sensual y orgánica, ha proyectado un rascacielos de piel de vidrio que albergará un hotel de cinco estrellas en Barcelona y el recinto de tenis del proyecto olímpico de Madrid.

“A los arquitectos se nos pide demasiado: hemos de saber de todo y, además, ser buenos psicólogos, saber escuchar y tener una salud excelente. ¡Es realmente agotador!”

A R Q U I T E C T O y autor

TEXTO DE VIS MOLINA FOTOGRAFÍAS DE JASON KEITH

Llega acalorado y a mil revoluciones, pero feliz. Le encanta venir a Barcelona “donde tengo buenos amigos y es un lujo pasear porque siempre hace buen tiempo. ¿Se dan cuenta los barceloneses del clima y la luz que tienen?” Observa maravillado los salones del Círculo Ecuéstre, donde compartimos desayuno. Destaca su aspecto, vestido de negro riguroso, entre tanto ejecutivo serio y circunspecto. Perrault, un hombre vital y encantado de haberse conocido, saborea su café y apura un vaso de agua helada mientras hablamos de su próximo reto, un futurista edificio del Grupo Habitat que, con una inversión de 100 millones de euros, abrirá sus puertas en el 2007.

Barcelona va a contar con un rascacielos de 120 metros que competirá en altura con los edificios vecinos, la torre Agbar (de Jean Nouvel) en la plaza de las Glorias y el hotel Princess (de Oscar Tusquets) en el Fórum. ¿El 11-S no ha desanimado a los arquitectos a seguir construyendo torres de gran altura?

La primera reacción de los profesionales de la arquitectura después del atentado fue pensar que se había acabado la vida de los rascacielos, que pasarían a ser considerados edificios malditos que habían atraído la desgracia y la maldición, pero ha sido todo lo contrario. Le va a parecer muy chocante pero lo cierto es que, desde entonces, me han encargado más rascacielos que nunca. Y supongo que lo mismo le ha debido ocurrir a otros arquitectos. Ahora mismo estoy preparando una torre de 200 metros de altura en Viena, al borde del Danubio, otra en Luxemburgo para la Comunidad Europea y otra aquí en Barcelona, que será un hotel. También es verdad que son torres distintas, menos agresivas, más económicas y más ecológicas. Y se cuida más la toma de contacto de la torre con el suelo, se intenta que no sean edificios aislados sino que a su alrededor haya comercios, jardines, restaurantes, piscinas, bares... Ha de haber una relación orgánica y sensual, muy pensada y meditada, entre la torre y la ciudad.

¿Y por dónde se empieza a proyectar un rascacielos para una ciudad como Barcelona?

Barcelona es una gran ciudad, de perfil bastante horizontal y con un urbanismo perfecto y, lo que es más interesante, está delimitada por el mar y la

montaña. En ese contexto, la posición de la torre es definitiva: la mitad de las habitaciones mirará hacia el mar y la otra mitad hacia la montaña y la Sagrada Familia. Algunas particularidades de diseño del edificio son la piel de vidrio y metal que lo recubrirá y que lo hará brillar bajo los rayos del sol mediterráneo, y los techos de las habitaciones, que estarán un poco inclinados hacia las ventanas para dar más importancia a las vistas.

¿Cómo debe ser un hotel?

Como edificio, un hotel debe ser particular no sólo desde el prisma del diseño. Debe tener una vista determinada sobre la ciudad o el paraje en el que se encuentra; y el tipo de edificio que se proyecte debe ir en consonancia con su hábitat. Además, ha de ser un lugar donde los clientes puedan reunirse para comer o cenar, tomar una copa o hacer fitness, incluso para algunas compras, o sea que el contexto es muy importante. El hecho de que un hotel sea una torre es algo muy significativo, porque una torre es un edificio adecuado a una gran ciudad, no a una población de pequeña escala; en ésta, la única torre que existe es la de la Iglesia, convertida en una referencia para todos los habitantes y ningún edificio debe disputarle ese protagonismo.

Ahora se vive mucho en los espacios interiores, nuestros días transcurren entre el despacho, el gimnasio, los restaurantes, los cines... ¿esto incide en la manera de concebir el interiorismo?

Estamos en un periodo interesante porque hay mucha confusión en ese sentido. Están ocurriendo fenómenos muy divertidos. Los muy modernos quieren que sus casas sean como sus despachos. Muchos desean tener un loft para vivir, que es un espacio industrial, y por otro lado, los hay que montan su hogar con planteamientos de oficina. Es una confusión divertida y muy actual, muy contemporánea. Y además es una muestra de la evolución de la ciudad. No se puede pensar en términos absolutos: lo que hoy proyectamos para ser concebido como un edificio de oficinas, dentro de unos años puede ser un aparthotel o una residencia universitaria. Es realmente formidable pensar que los edificios que estamos construyendo hoy, en unos 15 años pueden convertirse en otra cosa. Esto demuestra que están vivos y por tanto en constante evolución y movimiento.

“No existen ciudades modelo sino gobiernos modelo que consideren la ciudad como algo en permanente evolución, donde ningún área debe estar dejada al azar”

“Por curioso que parezca, desde los atentados del 11 S he recibido más encargos de rascacielos que nunca”



Sus proyectos

Arriba, imagen del recinto de tenis proyectado en Madrid, junto al Manzanares. Debajo, hotel en Barcelona.

“El cliente actual de un arquitecto entiende de arquitectura, la valora y quiere vivir rodeado de ella”

¿Se considera usted un arquitecto de moda?

Bueno, la moda está en todo y en mi profesión también, puesto que la arquitectura es la expresión de una cultura y la cultura es tendencia. No me preocupa estar de moda o no estarlo. Lo interesante del caso es que el cliente actual de un arquitecto quiere arquitectura, la entiende, la valora, la busca y se interesa verdaderamente por ella. Por ejemplo, las grandes firmas del sector del lujo y la moda, como Prada, Armani y tantas otras, quieren que sus nuevos templos estén proyectados por arquitectos de un cierto prestigio. Y esto se está extendiendo también a otros sectores. Por ejemplo, la casa italiana Barilla nos encargó su fábrica en Parma; querían arquitectura para trabajar rodeados de ella.

¿Y qué tipo de arquitectura es la que le piden los clientes?

Pura, minimalista, transparente y funcional. Los clientes tienen muy claro lo que buscan porque tienen mucha información y saben lo que están pidiendo.

Y, un arquitecto de moda como usted ¿se ha hecho rico?

¡No! ¡Eso es imposible con mi trabajo! Bueno, depende de lo que usted entienda por ser rico. Si ser rico es tener siempre dinero de bolsillo, entonces vale. Pero si se está refiriendo a ser rico de verdad, entonces puedo asegurarle que es impensable. Bueno, hay una excepción: los arquitectos-empresarios, que entienden la arquitectura como un negocio y lo que hacen es “producir” edificios, uno detrás de otro, y eso les ha generado una cierta riqueza. Ellos equiparan arquitectura a producto.

Y ¿cómo entiende usted la arquitectura?

Yo, como muchos otros, me considero un arquitecto-autor.

Pero no me negará que puede cobrar mucho por un encargo porque su nombre es sinónimo de una calidad y un buen gusto indiscutibles.

¡De acuerdo! Pero todo lo que gano lo reinvierto en investigación, concursos, publicaciones, exposiciones, maquetas, etc. Los que nos consideramos autores vemos nuestro trabajo como la obra de toda una vida dedicada al estudio y a la exploración de nuevos caminos y nuestra carrera está enfocada a esta obra.

¿Qué se le pide al arquitecto de este siglo?

¡Uff! ¡Es agotador! Le aseguro que se le piden demasiadas cosas, se le exige tener toda la sabiduría y todas las cualidades humanas y morales del mundo. Se le pide que tenga conocimientos de política, historia,

arte, economía, literatura, filosofía... Además, se da por hecho que ha de tener una salud excelente, que ha de ser un buen psicólogo para saber interpretar lo que el cliente busca, se le exige que sea inteligente, que sepa escuchar, mirar, ver, leer entre líneas, escribir... ¡Es horrible! ¿Qué es lo que no nos piden?

¿Hacia dónde van los modelos urbanos en estos tiempos?

En Europa la ciudad está pasando por una transformación importantísima. Se protege el casco histórico pero a la vez se están desarrollando mucho las autopistas, las infraestructuras, los aeropuertos, etc., y esto es poco amable con la parte antigua de la ciudad. Es difícil encontrar una convivencia feliz entre la ciudad antigua y la contemporánea. Las ciudades con una carga histórica importante y unas dimensiones humanas como Viena o Barcelona lo tienen más fácil, pero hay otras como Londres cuya transformación es más complicada porque su centro histórico está menos identificado y ha sufrido más heridas desde el punto de vista estético.

¿Hay alguna ciudad que pueda considerarse una referencia en ese sentido?

No, lo verdaderamente interesante es la aparición de estas enormes ciudades, como el París actual, que tienen extensos barrios periféricos que no dejan de crecer. París se está convirtiendo en algo parecido a estas grandes ciudades latinoamericanas como México D.F. La diferencia es que en Europa la gran mayoría de ciudades tienen un centro histórico valioso mientras que en Sudamérica esto no ocurre. No hay ciudades modelo, pero sí que hay idea de gobiernos modelo para una ciudad. Ésta sería la respuesta. Un gobierno modelo para una ciudad es aquel que considera que la ciudad está siempre en evolución y transformación, no sólo para construir y crecer, sino para estar siempre en reflexión. No sólo es un modelo estético, sino que es un modelo que ha de plantearse debates de economía, ecología, etc., del lugar en el que se vive. Lo malo es que hoy el debate es casi siempre económico. No hay ninguna razón para sentirse infeliz en la ciudad, pero mucha gente lo es, hay una gran tendencia a la fatalidad dentro de la urbe. Y hay que salir de ese debate crispado, violento, interesado. Eso no me gusta nada. La ciudad ha de ser algo simpático, encantador, feliz, y sus habitantes también y los debates que origine también. No está prohibido ser feliz en la ciudad.

¿Hay edificios que puedan ayudar a cambiar el destino de una ciudad?

¡Desde luego! Piense en la Pirámide del Louvre, que ha operado una transformación en la ciudad, no sólo arquitectural sino de mentalidad. Construir un elemento tan moderno y tan tecnológico, de cristal, en medio de esos inmensos muros cargados de historia ha significado, para los franceses, y sobre todo los parisinos, que son tan conservadores, toda una revolución cultural. El Museo Guggenheim de Bilbao también ha cambiado la ciudad, ha originado una transformación social. Y en Nueva York ha ocurrido lo mismo, pero en este caso no ha sido la aparición, sino la desaparición de dos edificios como las Torres Gemelas lo que ha significado un antes y un después en ese distrito. Es decir, la arquitectura puede cambiar la vida y eso ocurre a menudo. ■